

Hemos visto predicadores venir, ya con sermones sobre el Símbolo ó el Decálogo, ya con una muy erudita exposición acerca de los Sacramentos, de la liturgia, del misticismo, de la Iglesia, de las controversias teológicas, de las necesidades del siglo actual, etc. Esfuerzos vanos. *Non erat in locus*; á la segunda semana, el pueblo disgustado decía al salir del Templo: «Este predicador no nos habla de la Virgen.» Y se abstenía de volver á escuchar al orador intempestivo que no ahorra á las personas piadosas el trabajo de leer cada día en su libro particular las meditaciones y preces del Mes de María. Los fieles que sienten grabado en su corazón el espíritu de la Iglesia, quieren hallar conformidad en todo con él. Una festividad en honor de la Virgen pide un sermón sobre la Virgen, con arreglo á lo prescrito por la Iglesia y al deseo de los feligreses: luego el mes de Mayo no puede ocuparse en cosa mejor, que en una serie de sermones acerca de María Santísima. Pero los asuntos que dicen relación con el culto de María, forman por su especial carácter un círculo del que no se debe salir. Esta misma limitación exige planes exactos que ahuyenten la oscuridad; un orden constante, recto y preciso; un fondo rico, abundante y variado de ideas, que evite la monotonía. Hasta el estilo mismo ha de tener su color particular, debiendo ser dulce, fácil, claro, sin hinchazón, sin exageraciones ni vehementes arrebatos. Por otra parte, estas materias se encuentran rara vez en los sermonarios. Fuera de algunos que tratan de los misterios de la Santísima Virgen, los demás no traen sino discursos acerca de su *devoción*. Esto ha hecho decir con fundamento á los maestros de oratoria sagrada, que los asuntos relativos al culto de María Santísima son los más difíciles que tiene el púlpito; de donde se sigue que los modelos son aquí absolutamente indispensables.

El cuadro que nosotros hemos dispuesto es de lo más completo en su género, con la circunstancia de que carece de precedente.

El orden que hemos seguido en la distribución de los asuntos para el Mes de María, es el mismo que la Iglesia sigue: 1.º Misterios por orden cronológico; 2.º Vida de la Santísima Virgen; 3.º Sus virtudes; 4.º Su culto.

Cada asunto del Mes de María comprende: 1.º Un sermón; 2.º Una instrucción familiar; 3.º Materiales sobre el mismo asunto, que se hallarán en la sección correspondiente.

DISCURSO DE APERTURA.

DÍA 30 DE ABRIL.

DEVOCIÓN DEL MES DE MARÍA.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Medios de que Dios se sirve para acrecentar en nosotros la fe.

SUBDIVISIONES.—1. El martirio.—2. La vida solitaria.—3. Las peregrinaciones.—4. El anatema á la herejía.—5. La propagación de la fe, y devoción al Sagrado Corazón de Jesús.—6. La devoción del Mes de María.—7. Conclusiones.—Consecuencias.

PUNTO SEGUNDO.—Modo de santificar el Mes de María.

SUBDIVISIONES.—1. Aumentar más y más nuestra devoción á la Santa Virgen.—2. Adelantar en la práctica de las virtudes de que María nos ha dado ejemplo.

Transite ad me omnes qui concupiscitis me.

Venid á mí todos los que deseáis saciaros de mi amor.

(ECCLES. XXIV, 26.)

GRANDE es el júbilo, A. H. M., que en este momento llena todos los templos de la cristiandad. Los fieles corren á postrarse al pie del altar levantado en honor de la Madre de Dios, unos para pedirle mercedes, y otros para darla gracias por las que han recibido. Cada uno de ellos parece oír en su corazón el dulce llamamiento de un gran siervo de María: «Es útil en toda ocasión, dice, pensar en la gloriosa Virgen, bienaventurada Madre de Jesús. Debéis encomendaros *todos los días* á sus méritos y á su intercesión, recurriendo á ella en vuestras necesidades, como acude á su madre el niño que padece. Invocad también vosotros, oh pecadores, á vuestra poderosa Abogada, y su bendito nombre fortalecerá y consolará vuestra alma...»

Venid, pues, hijos queridos de María, á prepararos para la festividad del mes de Mayo. Acercaos á depositar vuestra oración en ese altar consagrado á vuestra amantísima Madre, llenos de confianza de que será bien acogida.

Para que esta primera conferencia guarde analogía con las circunstancias, propóngome hablaros: 1.º *De los diversos medios que Dios emplea para acrecentar la fe en nosotros*; medios entre los cuales se cuenta la devoción al Mes de María; y 2.º *de la manera de santificar este dichoso Mes*. Saludemos ante todo á esa Virgen de Vírgenes, etc.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

Desde la fundación del cristianismo hasta el presente, nótase una sucesión numerosa de actos, prácticas é instituciones piadosas, estrechamente ligadas á la fe. Dios ha puesto estos medios á disposición del hombre á fin de que armonice sus gustos é inclinaciones con su creencia.

El espíritu de Dios es quien dirige la libertad del cristiano en su devoción práctica. Conócese esta dirección por medio del estudio santo que nos hace ver el desenvolvimiento sucesivo del acto piadoso del creyente de todos los tiempos, manifestando exteriormente su pensamiento en perfecta consonancia con los principios del catolicismo. Obsérvase además la admirable fecundidad de nuestra religión, que sin dejar de ser en sí misma invariable, se muestra con asombro, bajo diferentes aspectos, acomodándose, por decirlo así, á la movilidad de los afectos y gustos de los hombres.

Detengámonos por algunos instantes á examinar lo que puede llamarse la historia de las *devociones ó prácticas religiosas*, y conoceremos que esa variedad de caracteres de que se revisten, según la necesidad de los hombres y de los tiempos, es uno de los medios visibles de que se vale Dios para acrecentar y perpetuar la fe de siglo en siglo.

Todo en este mundo sufre al nacer. Los hombres así como las cosas, padecen al ocupar un puesto en la vida. Hasta la misma verdad, y aún más que lo que no lo es, sostiene contradicciones al manifestarse. Cuando una corporación, un Estado, una institución cualquiera no vistos ántes, se levantan en un rincón de la tierra, no podéis, es cierto, adivinar con precisión su porvenir; pero podéis calcular que la aguarda una segura lucha, ántes de que llegue á establecerse en medio de los hombres.

Si una legión de ángeles bajase á la tierra á fundar un reino, podría afirmarse anticipadamente que no conseguirían su objeto sinó á viva fuerza. Según ésto, cuando el catolicismo vino á transformar la sociedad antigua en otra sociedad enteramente nueva, á cambiar las creencias y las costumbres, y extender su reino por el mundo, debió mostrarse lleno de energía, inflexible, é inmóvil á vista del combate que se le iba á presentar. Necesitábanse, pues, entónces muestras de valor y de heroísmo, y en cosecuencia, concedió al cristiano el Todo-poderoso la fuerza del *martirio*. Viéronse personas de todas las eda-

des, y de todas condiciones, niños, ancianos, pontífices, doncellas y madres de familia, poseidos del más ardiente deseo de morir. Esta noble valentía, manifestación sobrehumana del sentimiento religioso, duró más de tres siglos, es decir, el espacio que se necesitaba para vencer, como venció en efecto, porque era la inspiración de Dios, encaminada á defender en aquella época á su Iglesia; venció porque era el móvil y el medio más adecuados para triunfar en aquel siglo.

La prueba del martirio convirtió el mundo. Era un milagro de abnegación á que no estaban acostumbrados los gentiles. Creyeron, pues, como se cree á vista de un prodigio, y se hicieron cristianos.

Cuando la paciencia hubo cansado á la ferocidad de los perseguidores, se dió el Señor por satisfecho del sacrificio de sus siervos, y convirtió al jefe del Imperio. La paz reinó entónces en el universo.

Trocado de este modo el mundo, necesitábase de manifestaciones de otra naturaleza para acrecentar en medio de los nuevos bautizados la fe de los Apóstoles y de los mártires, excitando el asombro de los paganos que permanecían aún rebeldes. ¿Qué sucedió, pues? Sucedió que miles de cristianos, no pudiendo llegar á ser mártires, abandonaron su patria, su pueblo y su hogar, después de repartir sus bienes á los pobres, y se encaminaron á los montes á emprender una vida de ángeles; vida que á la sazón nadie podía comprender.

La Tebaida vino á ser un santuario colocado entre el Cielo y la tierra. La soledad, la pobreza, la castidad y la oración llenaban esta vida del desierto, más asombrosa aún que la del mártir. Los paganos que no sabían morir por sus dioses, sabían menos aún aislarse en la soledad ocultándose en angostas celdas, á fin de servirles mejor, practicando la virtud. Así los sacrificios del mártir y del anacoreta fueron eminentemente apropiados al tiempo. Dios, haciéndolos nacer oportunamente, los puso frente á frente del paganismo, quien al verlos se sorprendió como á la presencia de una inefable maravilla. La admiración condujo al gentil al amor, haciéndole cristiano; y al que ya lo era, le animó y fortaleció en la fe.

¿Quién negará, pues, que el martirio y la vida del desierto, manifestaciones características de los primeros siglos, siendo actos necesarios del momento y de la época, y tales como se necesitaban para acabar de convertir y empezar á consolidar, contribuyeron poderosamente á aumentar y robustecer la fe?

Cuando el mundo se hubo convertido, las devociones vinieron á hacerse más exclusivas. Sin dejar de servir á la edificación de los fieles, conservan siempre el carácter apropiado á la necesidad dominante. Desde el sexto al undécimo siglo, construíanse basílicas y monasterios en las poblaciones; y cuando hubo templos de mármol, altares de oro, santuarios para guardar los sepulcros de los mártires; cuando faltaba la persecución para reanimar la antigua fe; cuando la misma vida cenobítica aflojó su severidad primitiva, entónces, repentinamente un nuevo movimiento empieza á agitar el catolicismo. ¡Jerusalén, Jerusalén! se grita por todas partes. ¡Santo Sepulcro, Cal-

vario, Monte Olivete...! Devoción á las peregrinaciones, ¡cuán tierna y sublime fuiste! ¡Cuántas dulzuras, cuán piadosas emociones, qué amor tan ardiente encerrabas dentro de ti! Noble imagen fuiste de nuestra vida, que pasa gradualmente de un extremo á otro; de un lugar profano á un santo lugar; de las chozas de la tierra á los palacios del Cielo. Para nuestros antepasados, personas sin letras, sencillas y creyentes, la devota relación del peregrino era la palabra de un apóstol. En aquellos tiempos en que el hombre, poco razonador, conocía más por los sentidos que por el discurso, ¿que cosa en el mundo podía exaltar más su alma que la presencia de los lugares santificados con el contacto del Hombre-Dios? El peregrino era hombre que creía previamente; pero cuando había visto y tocado, en cierto modo, los objetos de su creencia, sentía su fe acrecentada. Iba á contemplar el verdadero de la verdadera Cruz, á palpar la piedra del Sepulcro, y volvía poseído de un santo entusiasmo á adorar á Dios más fervorosamente en las iglesias de su patria.

La devoción, pues, de peregrinar fué también una necesidad de su época; de aquella época en que los hombres cándidos, comprendiendo poco los misterios y la profundidad de la doctrina cristiana, conocían casi sólo por medio de los ojos, del tacto y del oído. Así fué como Dios hizo su sencillez más creyente que el vano saber de los hombres del día.

Con los viajes piadosos emprendidos por espacio de muchas centurias, unas veces á Jerusalén, otras á Roma, ganó mucho el catolicismo, en cuanto semejante devoción no podía ser inspirada sino por una grande fe. Sin embargo, el genio mudable del hombre ocasionó pronto notables cambios en aquellas santas prácticas.

No tardó en levantarse, como una aterradora tempestad, la más funesta de las herejías; herejía que no se propuso ménos que renovar todo, inclusa la Iglesia, sustituyendo en su lugar los delirios de algunos fanáticos predicantes.

Entonces el espíritu religioso aparece con su carácter determinado, en la escrupulosa negación del error y en la guerra que sostiene con su nuevo adversario. Los combates duran largo tiempo; duran todavía, porque el enemigo se mantiene en pié. Afortunadamente el entusiasmo de los reformadores se ha desvanecido, y los más prudentes de entre ellos se asustan también al medir la horrible sima que rodea su incredulidad. El catolicismo triunfante en una lucha, de la que, si Dios no le hubiera socorrido, debía salir muy malparado, muéstrase á nuestros ojos coronado con el esplendor de una nueva inmortalidad, enriquecido con nuevos dones y con otros milagros de devoción hechos por nuestra edad. No parece sino que Dios quiere traer á nuestra memoria que somos hijos de los mártires, de los anacoretas del desierto y de los peregrinos de Roma y Jerusalén. Su divina inspiración ha descendido sobre nosotros transformando el espíritu cristiano de la manera más útil á nuestras necesidades. Sin dejar de ser católicos como nuestros antepasados, como los primeros padres de la fe; sin dejar de

tener las mismas creencias, las manifestamos de una manera especial, diferente de las manifestaciones pasadas.

¿Y qué es lo que hacemos nosotros? ¿Cuáles son las prácticas que han reemplazado al martirio, á la soledad y á la peregrinación?

La propagación de la fe, H. M., y el culto á los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

El último siglo había quebrantado la fe, ya que no pudo, como quería, aniquilarla. Santa y noble fué la inspiración de aquellos hombres que dijeron: «Venid, reunámonos, y combatamos juntos, empleando nuestros cuerpos y fortunas para propagar el catolicismo por toda la tierra, hasta las más apartadas islas del Océano.»

Los pueblos, en la edad en que vivimos, después de agotar las delicias de la civilización, han venido á hacerse voluptuosos y egoístas. Santa y sublime fué también la inspiración de aquellos cristianos fervorosos que gritaron: «El amor á los placeres y el amor de sí mismo, son amores profanos; el amor á Jesús y á María, el amor al Corazón de Aquel que nos profesa tierna predilección, que ha bajado del Cielo, se ha hecho humilde y ha padecido hasta dar su vida por nosotros, es un amor sagrado.»

El hombre, cuanto más progresa en cultura, cede menos al temor y siente más necesidad de amar. A la ley antigua convenía ser terrífica. La trompeta del ángel era lo que empujaba los hombres al desierto, y no la voz del buen Pastor que llama las ovejas al aprisco, la voz del Salvador divino que perdona á la pecadora postrada á sus piés. Hacíanos falta, según esto, una devoción toda de amor, y de amor el más ardiente; necesitábamos para nuestro culto, una comunicación íntima con el mismo Dios; nos era, en fin, necesario el Corazón divino. ¡Oh Corazón de Jesús, tesoro de inconcebibles misterios de amor! Tú solo eres el tabernáculo de inefables dulzuras. Tú la deliciosa tienda donde el alma duerme reclinada en los brazos del amado.

Una civilización refinada da lugar á grandes agitaciones sociales que desenvuelven un vivo deseo de felicidad. Todo aquel que comprende y padece mucho, pide amar mucho, porque descubre en el amor la única felicidad. ¡Corazón de Jesús! Tú solo puedes satisfacer este deseo que me devora. Más dulce eres que el martirio, más que la celda del solitario, más que los santos lugares donde dejaste estampada la huella de tu pié, y que el peregrino gusta visitar. Tú, siendo el único verdadero amor, eres la necesidad de nuestros días; la necesidad de mi existencia, tal como los tiempos la han hecho. Preciso es, pues, que te ame y que acuda á ti.

El culto del Mes de María ha nacido del culto al Corazón de Jesús. En todo lo que acabo de decir está comprendido también aquel culto, como fundado en el amor. María fué el santuario de Dios y el primer altar levantado al Verbo eterno. Además de la confianza que jamás negamos á una madre, nos sentimos atraídos hacia su culto por un encanto irresistible: sin duda porque, siendo pura criatura como nosotros, su vida tiene entera analogía con la nuestra. Ahora

bién: ¿nos sentimos culpables? ¿Nuestro siglo no es también reo de muchos crímenes? Pues para volver á Dios tenemos necesidad de mediación; nos es indispensable en el Cielo una Madre que nos dé la mano y nos anime á subir.

Concluyo, pues, de lo dicho en primer lugar, que toda devoción es siempre la más apropiada á las necesidades del tiempo en que aparece, teniendo, por consiguiente, un valor relativo que merece nuestra respetuosa estimación.

De lo expuesto acerca de la devoción, concluyo en segundo lugar, que las prácticas religiosas de nuestros días en nada ceden, ni por su espíritu, ni por sus efectos, ni por su armonía con el siglo, á las prácticas antiguas, debiendo esperarse de ellas asimismo inmensos resultados. Desde luego suministran una prueba convincente de la acción nueva del catolicismo sobre las inteligencias y los corazones, contra la opinión de los que aseguran falsamente que la Iglesia católica ha perdido no poco de su vitalidad y de su potencia.

Concluyo últimamente, que en esta sucesión de actos religiosos de todos tiempos, se realiza una ley visible y permanente, un poderoso medio que Dios emplea para acrecentar la fé. Esto es evidente; es la historia de diez y nueve siglos.

Y siendo esto así, ¿qué nos demuestra? Demuéstranos que el desdenar las manifestaciones del espíritu religioso en cada época, es ofender á Dios, que lo concede como medio encaminado á la gracia y á la salvación. Sobrada temeridad sería querer constituirse en juez de los caminos del Señor.

Otra cosa nos demuestra aún, y es que así como en los primeros siglos de la Iglesia se buscaba el martirio con piadoso entusiasmo, y después se miraba como una felicidad esconderse en el desierto, y más adelante las peregrinaciones eran miradas como camino de la gloria, del mismo modo la obra de la Propagación de la fé, el culto del Corazón de Jesús, la devoción del Mes de María, deben ser en nuestro siglo la primera de nuestras devociones, la devoción sagrada, la devoción en que Dios ha vinculado las mayores gracias á favor nuestro, la devoción, en fin, que le es agradable y por la cual nos manda ir á él. Siendo el Señor el verdadero Padre de familias, débenle sus hijos amor y respeto; mas en el modo de demostrárselos caben formas y modificaciones diferentes, según la edad y la razón de cada uno. El medio, pues, de agradarle especialmente, nos es conocido ya; este medio es Jesús y María.

Sí: María es para nosotros el primer medio, en cuanto Madre de Dios y Madre de los hombres. En este concepto se propaga su culto por toda la tierra, su nombre es bendecido en todos los templos de la cristiandad, y las festividades se multiplican en su honor. Y en tales términos, que por un esfuerzo de entusiasmo desconocido en tiempos anteriores, le ha sido consagrada una fiesta que dura todo un mes. ¡Un mes de alabanzas, de amor y de gloria! ¡Un mes que toma su propio nombre llamándose *Mes de María!*

Hemos venido á parar á los días santificados con el culto de nuestra Reina; á estos días de celeste júbilo, durante los cuales todos vais á recibir abundantes beneficios de parte de María. Atended, H. M., á la advertencia que ahora os hago. Si dejáis pasar este período sin fervor, sin afecto, y sin que vuestra fé se haya avivado; si esta devoción á nuestra tiernísima Madre, hoy tan popular, y más que popular católica, supuesto que es universal ya en estos tiempos; si esta devoción, repito, no se apodera de vuestra alma, produciendo en ella un entusiasmo casi divino, ¡con dolor os lo manifiesto! habréis engañado á Dios, cegando los manantiales de su gracia, y los medios visibles por los cuales quiere hoy atraernos á sí; habréis faltado á la vocación de vuestra época, que es ir á Jesús por medio de María, que es cantar las alabanzas de la Madre para obtener los favores del Hijo. Los que así desperdicien esta aceptable ocasión, dejarán de ser hijos de los cristianos antepasados; de aquellos que se hacían mártires cuando Dios les llamaba al martirio; de aquellos que se hacían ermitaños, anacoretas, cenobitas, ó deseaban hacerse tales, cuando Dios les llamaba á las soledades del desierto para edificar al mundo con la austeridad de su vida; de aquellos que levantaban ostentosas basílicas, decorando con mármol y oro los sepulcros de los Santos, cuando Dios les inspiraba el pensamiento de realzar la majestad del culto; de aquellos, en fin, que desapropiándose de sus bienes, iban en peregrinación al Santo Sepulcro de Jesucristo, y á la patria de los Apóstoles, cuando Dios les señalaba esta vía de salud. Ahora bien, M. A. O., vuestro martirio, vuestra Tebaida, vuestras peregrinaciones, vuestra devoción actuales están en el altar de María, en glorificar á vuestra Reina, en amar á vuestra Madre. ¿No lo comprendéis así? ¿No sentís la verdad de lo que os digo? Sin duda, puesto que es una verdad, un hecho que vosotros mismos veis y tocáis con vuestras manos. En el seno de la familia, vuestra piadosa madre os dice que améis á María; en la iglesia que frecuentáis, los predicadores os encargan que améis á María. Fijad ahora los ojos en ese altar rodeado de guirnaldas, adornado de flores, y coronado con la imagen de la Madre de Dios. ¿Quién ha levantado ese altar? No ciertamente nosotros, sinó el tiempo, las circunstancias, nuestra época, nuestro siglo; vuestra devoción, la mía, la de todos los católicos, el mismo Dios, en cuanto quiere que el culto de la Reina de los Cielos sea tan ostentoso, tan universal y tan fecundo como hoy lo es.

¡Oh! Si de veras aspiramos á obtenerla, nosotros adquiriremos esta devoción que Dios ha dado á los fieles en nuestra edad como un refugio y un asilo á tan os naufragios, como un baluarte contra la impiedad, como una nueva potencia para vencer. No la merecíamos, es cierto; somos demasiado pecadores aún para los tiempos que corren; pero Dios, infinito en misericordias, no quiere abandonarnos; Jesús en su amor inmenso quiere que seamos sus hermanos; María en su cariño maternal nos cubre con su égida cuando más amenazados nos vemos por nuestras culpas. ¡Gloria á Vos, Padre Eterno, por ha-